

# poesía y sin temor



De la ventana del comedor, en el catorce piso que ocupaban; se gozaba de un panorama privilegiado: Se contemplaba frontalmente el edificio, y su silueta cambiante con las horas del día, de la famosa Universidad Lomonosov (MGU), fundada en 1733, en tiempo de Pedro el Grande.

Tamara en el día enseñaba el español y durante su permanencia en el hogar era excelente ama de casa y hábil cocinera. Algunas noches de expansión pulsaba la guitarra, dejando escapar notas con aire gitano para hacer más grata la estadía del huésped. Oleg a su vez enseñaba idiomas en otro instituto y en casa practicaba ejercicios en unos aparatos de tensión fijos en una de las paredes; para mantener ágiles y fuertes sus músculos. En más de una ocasión lo vi intervenir en alguna disputa, suscitada en el ómnibus o en la calle, para persuadir el buen comportamiento de los protagonistas. Un voluntario de la conservación del orden; sin pasar felizmente, para mí tranquilidad, del simple diálogo.

Moscú es un centro cultural y artístico de primer orden, con características propias en las artes que ha desarrollado, como el ballet; cuyos exponentes máximos se presentan a diario en el teatro Bolshoi y al que asisten ineludiblemente, todos los turistas que visitan esa ciudad.

Nuestras conversaciones sobre diversos tópicos, en un momento dado giraban, otra vez, en torno al poeta Puskin. Ya habíamos dicho que su producción literaria alcanzaba a más de 700 poemas y sería extraño que no se refirieran, siquiera someramente, a sus obras, de las cuales me hablaron con entusiasmo y cierto orgullo mis moscovitas anfitriones. Las obras tienen la particularidad, como toda obra buena, de penetrar en la psicología del comportamiento de los personajes. Los productos intelectuales de la gran inspiración del poeta Puskin, han tenido, asimismo, la virtud de inspirar a los grandes genios de la música rusa. Su ritmo poético ha sido transmitido al ritmo musical en Óperas como "Oegin" por Tchaikovsky. No han estado indiferentes Rachmanivov, Rinsky Korsakov, Glinka que han creado óperas y ballets.

"Eugenio Oegin, obra dramática escrita en verso, es la que más ha impresionado después de la muerte del poeta hasta la actualidad; pues refleja como un espejo de premonición antes de su muerte. La analogía del amor de dos personajes, con el drama de su propia existencia, con los protagonistas de su propia obra; Eugenio Oegin Lenskii Vladimir, con dos hermanas: Tatiana y Olga Larina. En su caso, él, Puskin con el francés Georges D'Antes y las hermanas Natalia, su esposa y la hermana de ésta, Katerina.

Oegin un ciudadano disoluto va al campo donde conoce a una bella e inocente muchacha, que es Tatiana. La obra describe las costumbres y modo de vivir de la época, la naturaleza del campo. Los prejuicios en el romance y el amor entre un hombre y una mujer, que rompe Tatiana, escribiéndole una carta a Oegin donde ella confiesa el amor inmenso que siente por él; cuya respuesta es una indiferencia y rechazo. Oegin disputa con Lenskii que es el enamorado de Olga y lo mata en el duelo; para más analogía Lenskii es también poeta. Pasan los años y circunstancialmente, en un baile, Oegin encuentra a Tatiana y recién, esta vez se enamora desesperadamente y le ofrece estos sentimientos, que ella rechaza; ella está casada con un hombre de hogar que le lleva con muchos años y se refugia en un hogar retirado de la vida mundana.

El espíritu cultural y artístico del visitante, como del moscovita está plenamente satisfecho. Pude sentir el gusto a una melodía de Tchaikovsky ejecutada por los mejores concertos; pero mis anfitriones por su bondad y solicitud, hacían esfuerzos para conseguir azúcar, como el resto de la población.

Mis anfitriones en Moscú, pidieron la ayuda de su amiga Anita para que me sirviera de guía, cuando ellos trabajaban; de manera que yo pudiera visitar los centros más atractivos a los turistas. Anita era una muchacha sencilla, con unos ojos tiernos y hondadosos en permanente sonrisa. Con una cultura bastísima y con conocimiento perfecto del idioma

español. Dispuesta siempre a ayudar al prójimo, su orientación fue invaluable para conocer museos, teatros y lugares históricos.

Entre los lugares que conocí, ajenos a los motivos culturales, algunos tienen una particular atracción, por su diferencia del resto, que impactaron de manera especial en mí para conservarlos en el recuerdo.

Esto aconteció con mi visita al "Ptichii Rínak" (fonética-mente), Mercado de Pajaritos.

En él, uno puede comprar, además de pajaritos desde luego, los más exóticos animalitos; hasta insectos como los que sirven de carnada para pescar.

Ptichii Rínak es lugar de concentración de personas que intercambian objetos de cualquier naturaleza que pueden tener utilidad recíproca e intercambio de ideas y de conocimiento sobre: cómo entrenar animalitos, cómo cuidarlos y alimentarlo, lugar de consulta veterinaria, podríamos decir naturalista.

Se exhiben diversas razas de perros que están a la venta del comprador más exigente y, los precios comparativamente para el estándar de vida y los salarios moscovitas, son caros. Cada perro en venta, tiene una historia y descendencia de aristocrático abolengo, que puede ser demostrado con documentos. Hasta ellos no llegó el socialismo y algunos, hasta se jactan, de que vivieron con los Romanoff. La vendedora exhibe la fotografía de los antecesores del cachorrito y se refiere amablemente a las cualidades que genéticamente harán del sabueso un compañero ideal en el hogar.

En los parques y avenidas, cuando los moscovitas pasean a sus canes, no permiten que éstos ni siquiera se den el saludo, para evitar uniones indeseables, que les harían perder sus virtudes.

Los moscovitas, no dan muestras de tener un temperamento segregacionista y establecen relaciones muy cordiales con personas de las diferentes razas humanas; pero, con los canes, son celosos como turcos.

No hay carro municipal que recoja en las calles a los perros vagabundos; pero sí, carros policiales que recogen a los que se han tomado más vodka del que se ha prescrito para alegrarse o curar las penas.

El tiempo pasaba vertiginosamente y tenía que cumplir mi programa de visitar a mis otros maestros y luego pasar a Leningrado; ahora otra vez Petrogrado. Apenas me alcanzó el tiempo para lo primero.

Mi visa concedida en La Paz, después de un interrogatorio de por qué y para qué quería visitar Rusia, había concluido.

Mi primer maestro de ruso, Eugenio, me recibió con el mismo afecto con que lo hizo la primera vez, cuando ingresé en el curso que asistí, y seguramente tampoco él, cuando me ponía rojo y se me trababa la lengua para repetir la lección, en presencia de más de cuarenta alumnos, a los que yo llevaba en edad con varias décadas. Después de dos años de estudio, en el curso quedamos sólo cuatro.

En Moscú, ahora lo visitaba en su aula de la Universidad Lomonosov. Nunca antes había conocido un profesor con tantas virtudes: inteligente, culto, con todo el entusiasmo, amor a la enseñanza de su materia y toda la dedicación que le permitía su juventud. Cientos de alumnos se inscribían a su curso y al que dictaba su esposa Irina, tan talentosa como él, y el mismo número, inconstante, abandonaban a poco tiempo, sin que él se desalentara.

Nos despedimos con un abrazo y tomé el metro en la dirección de la casa de mis anfitriones y al día siguiente retornaba en Aeroflot a La Paz.